
COMPRA-VENTA DE ESCRITURAS¹
EL LUGAR DE LOS ACADÉMICOS EN EL MERCADO DE LAS
TEXTUALIDADES²

José Santos Herceg*

RESUMEN

El presente texto busca poner en evidencia las dinámicas propias de un fenómeno relativamente nuevo que podría denominarse “mercado de las textualidades”. El objetivo es analizar las lógicas que se generan al interior de este mercado entre aquellos actores habituales del mundo de la escritura científica –académicos, universidades, revistas, editoriales– y los nuevos protagonistas que alteran radicalmente las dinámicas tradicionales: empresas de bases de datos e índices, revistas con sistema “*pay per publish*”, bibliotecas virtuales pagadas, entre otras. El objetivo final será mostrar algunas de las distorsiones que con la intromisión de estos actores se provocan en el mundo científico, adelantando, además, un par de indicaciones que buscan señalar un posible camino de solución.

Descriptor: Mercado – textualidad científica – revistas – bases de datos

¹ El germen del presente texto es una columna publicada en la Revista Digital *Red Seca* el 11 de noviembre del 2013 titulada “Industria de la textualidad científica”.

² Un agradecimiento especial para Daniel Santos Pizarro por los aportes y el exhaustivo comentario del texto.

*Doctor en Filosofía Universidad de Konstanz. Instituto de Estudios Avanzados, USACH. E-mail: santosherceg@gmail.com

DE SALCHICHAS Y HUEVOS

Hace más o menos un año Felipe Cussen decía en una entrevista: “[e]n la vida real trabajo como investigador y profesor en una Universidad, y en los últimos años se nos ha intentado presionar con una serie de medidas para que seamos “productivos” (sic), que nuestras publicaciones tengan “impacto”, etc. Se espera, en definitiva, que nos convirtamos en una máquina de hacer salchichas”³. Valentina Bulo, por su parte, aludía a una anécdota en que una amiga le aclaraba que su función como académico era la de ser una “... gallina ponedora de huevos en el criadero”⁴. Lo que nos dicen estos autores es claro y directo: nos hemos ido convirtiendo –nos han ido obligando a convertirnos– en “productores”, en el sentido puntual de producir “textualidades”. Como he escrito antes en esta misma revista, se nos presiona para que cada uno de nosotros montemos una MINI PIME, que nos convirtamos en una pequeña empresa destinada, en gran medida, a la redacción y publicación de textos⁵.

Las irónicas metáforas que usan tanto Cussen como Bulo apuntan a destacar lo extraño que resulta que se ponga a académicos especializados, con todos sus estudios, grados y posgrados, a producir textos como si se tratara de simples salchichas o huevos. La extrañeza tiene relación, en primer lugar, con el hecho de que quien fabrica salchichas no ha tenido que pasar por un proceso tan largo y complejo de perfeccionamiento, pues, reconociendo toda la dificultad que pueda tener la producción de embutidos, sin duda no se requiere el grado de formación que se exige para escribir un *paper* o un libro científico, para dar una conferencia o impartir una clase. Esto lo sabe muy bien Felipe Cussen cuando escoge aludir a las “salchichas”, pero también lo ve claramente Valentina Bulo, pues, para una gallina poner un huevo no exige ningún talento o preparación especial: simplemente basta con ser gallina, contar con la alimentación y el medio ambiente adecuados y los huevos saldrán naturalmente.

La extrañeza tiene relación, en segundo lugar, con el que a los académicos se nos ponga a fabricar textos al modo de una cinta de producción eficiente e indiferenciada, cuasi industrialmente. Todas las salchichas y todos los huevos son iguales, se espera que lo sean. Todos los libros, artículos, incluso los *papers* son distintos, o se espera que lo sean, por lo que difícilmente se encontrará un texto igual a otro. Es, sin duda, evidente que, desde un tiempo a esta parte, como se ha hecho ver⁶, hay una presión y, por ello, una tendencia, hacia

³ CUSSEN, Felipe, “Los escritores deberían ver más tele para tomar conciencia de su nula importancia en la sociedad”, www.paniko.cl, 1.10.2012.

⁴ BULO, Valentina, “Producción del saber en el campo del conocimiento”, *La Cañada*, N°3, 2012, pp. 117-124.

⁵ “Filosofía de Mercado. El filósofo profesional como MINI-PYME”, *Revista Paralaje*, N° 7, 2011, pp. 45-63.

⁶ El *paper* tiene una clara carga homogenizante. Sobre este punto remito a mi texto “Tiranía del *paper*. Imposición institucional de un tipo discursivo” (*Revista chilena de literatura*, N° 82, Noviembre 2012, pp. 197-217) y antes aún al de Cecilia Sánchez titulado “Institucionalidad de la filosofía: entre la reflexión y el conocimiento productivo” (*Mapocho*, N° 67, 2010, pp.373-385).

la “homogenización” de las textualidades. Dicha homogenización, que afecta inicialmente solo a aspectos formales, reconoce como límite infranqueable, sin embargo, la originalidad y, con ello, la propiedad autoral. Si se traspasa dicho límite y la homogeneidad se extrema, se podría estar en presencia de un “plagio” que, como bien se sabe, constituye un delito.

La industria de embutidos y huevos, por otro lado, se enmarca en el contexto de una temporalidad absolutamente controlada, lo que constituye una tercera razón de la extrañeza de que se viene hablando. En efecto, los tiempos requeridos para la escritura de un texto científico, sin importar el formato en el que se haga, no son fácilmente determinables ni previsibles, pues dependen de gran cantidad factores: acceso a la información, inspiración, tranquilidad, etc. Hay, en este sentido, una “incontrolabilidad” esencial. El tiempo que transcurre entre el ingreso de la materia prima y la salida de la salchicha, o entre la alimentación y la postura del huevo, está determinado y controlado: se manejan todas las variables para que así sea. En la producción de textualidad científica las variables tienden a ser imposibles de controlar. ¿Cómo hacer que a un filósofo se le ocurra una idea digna de ser escrita? ¿Cómo hacer posible que siempre sea posible encontrar los datos y los antecedentes que se requieren en un plazo determinado?

Marx decía del capitalismo que degradaba las cosas rebajándolas a mercancías, haciendo zozobrar su misma dignidad. Con la irónica carga de las metáforas utilizadas por Cussen y Bulo lo que se pretende, en el fondo, es poner en evidencia esta degradación, esta pérdida de dignidad en la que se incurre cuando se transforma el trabajo escritural en una mera producción, esto es, como una simple elaboración de objetos transables. Los libros que escriben los académicos, los artículos que redactan, los ensayos que crean y los *papers* que publican no son simples productos como lo es una salchicha o un huevo: detrás de ellos –unos más, otros menos– hay gran cantidad de trabajo de investigación, años de estudio y preparación, interminables horas de lectura, corrección, etc. Los escritos tienen una dignidad que no tienen una salchicha o un huevo que se consumen en un momento sin dejar rastro alguno. La ironía es la estrategia que usan Cussen y Bulo para protestar para que se les reconozca a los textos su dignidad.

Como es evidente, una empresa que fabrica salchichas, así como un criadero de aves, han sido fundadas con el objeto único y específico de vender sus productos en un mercado, de obtener utilidades con ello. El valor de dichos objetos se funde, entonces, con su precio comercial y no tienen ninguna dignidad en sí. La distinción entre precio y valor, unido al tema de la dignidad ya la encontramos en Kant. Como decía el alemán, “[a]quello que tiene precio puede ser sustituido por algo equivalente, en cambio, lo que se halla por encima de todo precio y, por tanto, no admite nada equivalente, eso tiene una dignidad”⁷. Un huevo puede ser sustituido por otro igual o, al menos por uno equivalente. Por ello es posible

⁷ “Was einen Preis hat, an dessen Stelle kann auch etwas anders als *Äquivalent* gesetzt werden; was dagegen über allem Preis erhaben ist, mithin kein *Äquivalent* verstattet, das hat eine *Würde*” (KGS IV, p. 434). Se cita la traducción de Manuel García Morente, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1989, p. 92.

ponerle un “precio”. De una obra, texto o escrito, en cambio, no hay otro equivalente y, por lo tanto, nunca es sustituible, ni es posible ponerle un precio. La dignidad, para Kant, refiere a un “valor interno”, que es completamente diferente del precio, que alude a un “valor relativo”. Esto se ve claramente en el caso del “precio comercial” cuyo valor es relativo simplemente a lo que se esté dispuesto a pagar por un determinado objeto, servicio, etc.

No hay dignidad ni valor intrínseco alguno en un embutido, ni en un huevo: son simplemente objetos producidos para ser vendidos por un precio lo más alto posible. Los objetivos que persigue un académico al escribir un *paper*, un artículo o un libro pueden ser muy variados. Estos van desde el aumento del conocimiento, es decir, el hacer avanzar el saber, hasta cuestiones relacionadas con narcisismos enfermizos, pasando por simple esfuerzos de difusión o de búsqueda de diálogo, hasta intentos por desarrollar la propia carrera. Lo que hasta hace poco parecía estar relativamente claro era que el vender escritos y, por lo tanto, obtener ganancias económicas –utilidad– con los textos, no estaba entre ellos. El precio comercial de un texto nunca fue un tema hasta hace muy poco⁸.

LA ZANAHORIA DEL BURRO

Hasta hace poco parecía claro para quienes nos dedicamos al trabajo académico que, a excepción a algunas figuras internacionales del pensamiento, prácticamente ninguno llegaría a ganar dinero con sus publicaciones. Se producen textualidades, no se recibe en general nada a cambio e incluso, en algunos casos, se paga por publicarlas. Nadie pretendía vender sus textos o ganar algo con ellos: en el mejor de los casos se aspiraba a recuperar la inversión... al menos era así hasta hace unos años y creo –aunque podría ser que ello se deba a un optimismo injustificable– que sigue siendo así en un gran número de casos.

Como sea, es evidente que se ha operado un cambio que en Chile se radicaliza a partir del paso al nuevo milenio. Las Universidades chilenas han instalado masivamente sistemas de “incentivos a la productividad”⁹. El término está tomado claramente del ámbito empresarial, donde es una práctica común establecer mecanismos destinados a promover el aumento de la producción. Es así como se otorgan reconocimientos al empleado que trabaja mejor y, sobretodo, con mayor eficiencia. En el ámbito universitario los programas de

⁸ Parece interesante y necesario hacer un estudio sobre el origen de este cambio de mentalidad. ¿En qué momento y a través de qué mecanismos comienza a instalarse en Chile la idea de que se podría obtener un beneficio económico con la producción de textualidad científica? En el caso de Chile, tiendo a pensar que un hito central para su instalación es la Nueva Ley de Universidades (1981) donde se instaura el AFD (Aporte Fiscal Directo) como modo en que las Universidades recibirán aportes del Estado.

⁹ El formato de “incentivo a la productividad” parece haberse implementado en Chile, en primer lugar, en la Pontificia Universidad Católica de Chile (PREI). Hoy prácticamente todas la Universidades chilenas han instalado algún modelo de incentivo.

“incentivo a la producción”, aunque adquieren diversas modalidades¹⁰, se presentan habitualmente como un “premio” o “reconocimiento” a aquellos académicos que han logrado publicar los resultados de su investigación en revistas de alto reconocimiento o prestigio. Como se señala paradigmáticamente en una pauta al respecto recientemente elaborada en la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, se “... busca reconocer el trabajo de quienes además de hacer investigación, publican sus resultados en revistas de nivel internacional”¹¹. En un segundo nivel, se premia a quienes publican libros en editoriales de reconocido prestigio, con comité editorial y circulación internacional.

El mecanismo implementado por las Universidades es simple: se reduce al ya clásico cuento de la zanahoria y el burro. El objetivo de estos sistemas es motivar a los académicos para que “produzcan” la mayor cantidad de textos posibles y, además, que “produzcan” ciertos tipos de textualidades. Su interés, por lo tanto, es influir tanto en la cantidad como en la cualidad de los textos que se publican.

Mayor cantidad de salchichas, autos, huevos, etc. por minuto, por hora, por día. En el mundo académico la situación no es diferente: de lo que se trataría es de lograr que los investigadores escriban la mayor cantidad de textos posibles, y que lo hagan a la mayor velocidad que sean capaces. En una palabra, el “incentivo a la producción” busca aumentar la “eficiencia” en la elaboración de textos publicables. La cantidad es lo que interesa en primer lugar. El riesgo en este punto es evidente: la merma en “calidad”. Michael Billig señala acertadamente que “[t]rabajando en las condiciones competitivas del capitalismo académico, los académicos se sienten en la necesidad de continuar publicando independientemente de que tengan algo que decir”¹². Puede ocurrir, por lo tanto, que los académicos terminen publicando “por publicar”.

En segundo término, la finalidad de estos sistemas de incentivos es que dichos textos sean de determinado tipo. Al menos en Chile, la tendencia es motivar a los académicos para que escriban fundamentalmente *papers* que se publiquen en revistas ISI, Scopus (también Scielo y Latindex aunque en un segundo nivel) y, en un lugar algo secundario, se busca que redacten libros que aparezcan en editoriales que, como se decía, tengan comités editoriales, distribución internacional y alto prestigio. Esto se puede constatar claramente cuando se tiene a la vista la asignación de los premios o incentivos. La Pontificia Universidad Católica de Valparaíso recientemente ha establecido un pago de hasta 2.000.000 de pesos por la publicación de un artículo en una revista ISI, misma cifra que la Universidad Diego Portales viene pagando por años. Algo menor es la cifra que ofrece desde 2011 la

¹⁰ Hay universidades que tienen asignados pagos fijos por tipos de publicaciones, hay otras que calculan el rendimiento anual y pagar una suma de acuerdo con ello, etc.

¹¹ Programa de fortalecimiento e incentivo de la productividad científica PUCV, 2013, p.12. <http://www.vriva.ucv.cl/wp-content/uploads/2013/07/Programas-de-Incentivos-2013-julio.pdf>

¹² BILLIG, Michael, “Academic Words and Academic Capitalism”, *Revista Athenea Digital*, Nº13(1), 2013, p. 7.

Universidad de los Lagos: entre 900.000 y 1.200.000 dependiendo del índice de impacto de la revista ISI¹³.

Todo esto se ha traducido en la creación de una suerte de mercado de “compra de productividad”. Las Universidades adquieren textualidades y llegan a pagar, como se ha visto, cifras enormes por ellas: cifran que superan, en muchos casos, el sueldo mensual de un académico contratado jornada completa por una Universidad. A raíz de ello, entre otras cosas, se puede observar que algunos están efectivamente movilizándose hacia la producción de *papers* o libros que luego venden a la universidad que mejor pague por ellos¹⁴. Aquí, sin duda, es indispensable hacer observaciones y aclaraciones que permitan explicar un fenómeno que no puede ser visto, simplemente, como un producto de la ambición desmesurada de los académicos. En muchos casos, es la necesidad la que mueve a un profesor a vender su producción textual, a trabajar para el mejor postor.

El sueldo promedio de un profesor contratado por una Universidad con jornada completa, en general no puede ser calificado de bajo, aunque tampoco de suculto. Como sea, alguien que tiene esa condición en nuestro país normalmente puede mantener un nivel de vida relativamente cómodo para su familia. Aquellos que gozan de la calidad de contratados con jornada completa en una universidad, sin embargo, constituyen un porcentaje menor de quienes trabajan en dichas instituciones: la mayoría son profesores por hora cuya situación laboral y económica es realmente difícil, por no decir lisa y llanamente precaria. Ellos son los que se desplazan de una esquina a otra de la ciudad haciendo numerosos cursos con el objeto de obtener una remuneración que nunca es suficiente. Que estos profesores vendan sus textos es más que comprensible, si ello ayuda a paliar su precaria situación laboral.

Por supuesto que existen un grupo destacable de académicos que no permiten que estos incentivos económicos, por no llamarlo lisa y llanamente sobornos, interfieran en sus decisiones acerca de qué escribir, cómo hacerlo y dónde publicar. Ellos, por supuesto, son destacables, sin dejar de observar, sin embargo, que, en la mayor parte de los casos, se trata de académicos que pueden hacerlo, es decir, aquello que tienen una situación económica y laboral que les permite prescindir de la obtención de estos incentivos. Esto no impide ver la enorme y violenta presión de la que hemos sido y estamos siendo objeto los académicos para influir en, o más bien determinar, tanto el modo de escritura como el lugar de publicación.

¹³ Decreto 632 del 29 de marzo de 2011 de la Vicerrectoría de Investigación y Posgrado en que se aprueban las políticas de incentivo e investigación y publicaciones científicas. http://www.ulagos.cl/panel/images/plantilla/0709cf5740cfd17e6055ed2e0eefafdaDU%20632_%202011_Políticas%20Incentivo.pdf

¹⁴ Hace un par de años, en el marco de un proceso de acreditación en el que participé como “par evaluador” surgió el tema de la atribución institucional de los textos que se publicaban. Estaba allí un académico que estaba contratado con jornada completa en una universidad y hacía también clases en otra. Le pregunté qué haría si le pagaran más por su producción en aquella en que solo hacía clases. Para mi sorpresa no dudó en responderme que publicaría a nombre de esta última.

Las Universidades compran textos a sus académicos –o a los académicos que se anexan–, los que se hacen de un merecido, necesario y, en ocasiones, exagerado “sobresueldo” con ello. Mirando con atención, sin embargo, lo que compran las Universidades, en realidad, no son textos. Lo que adquieren estas instituciones son números, simples cifras. A ellas lo que les interesa es que las publicaciones figuren en sus estadísticas de productividad: pero el producto mismo, en general, no es de su interés. Los libros, los artículos, se pueden acumular en las bibliotecas. Eso a las instituciones no les importa. Las estadísticas de productividad sí les importan. Y mucho: de allí que estén dispuestas a pagar las enormes sumas que ofrecen. Los informes anuales de investigación de las universidades son hoy un cúmulo de gráficos y cuadros en donde aparece la cantidad de publicaciones de *papers* en revistas ISI, Scopus, Scielo, Latindex, la cantidad de libros y sus editoriales. Ni siquiera se encuentran los títulos de los textos, o los nombres de sus autores, menos aún la línea de investigación que se ha abierto, el aporte que ello ha significado, etc.

Las universidades, como es evidente, no asumen esta compra de productividad como un “gasto”, sino como una “inversión”, pues en gran medida dicho dinero retorna o incluso llega a incrementar los ingresos de la institución. Las vías más habituales de recuperación de la inversión son, por ejemplo, la publicidad que se gana al aparecer como una Universidad líder en investigación, gracias a las publicaciones se puede lograr la instalación de una imagen pública que contribuya a captar más alumnos o más donaciones. Por otra parte está, sin duda, el tema de la acreditación que pasa en gran medida por la productividad de la institución. No debe dejarse de lado, por supuesto, el dinero que es posible captar mediante el Aporte Fiscal Directo. Conocido es el hecho de que el 35% del 5% variable del AFD se calcula en base a las publicaciones ISI y Scielo de la Universidad. Dicho aporte no es menor. Todo esto podría, sin duda, cuantificarse, es decir, valorizarse en términos del dinero que recibe la Universidad.

EL PACKING

Aunque las Universidades estén pagando por producir textualidades a sus académicos, son, en realidad, las revistas las que “consumen” *papers*, así como son las editoriales las que “consumen” manuscritos. En efecto, las revistas científicas se hacen con los *papers* que escriben los académicos y los libros se confeccionan a partir de los manuscritos que ellos redactan. En este sentido, los académicos son los que proveen de la “materia prima”: sin sus obras no hay revistas ni libros, tampoco, por lo tanto, editoriales académicas. Lo sorprendente es que estas instituciones, como se decía, no pagan un peso por este indispensable material, sino que al contrario, cobran a los autores por utilizarlo. Análogamente, es como si la fábrica de embutidos recibiera la carne gratis o, aún más extremo, es como si los productores de carne le pagaran a las fábricas de embutidos por recibirles la carne que servirá para fabricar las salchichas. La analogía, no obstante, es

limitada, pues las textualidades no son, en realidad, “materia prima”, sino que son ya un producto elaborado y, de hecho, extremadamente elaborado. Esto, por supuesto, hace de la situación algo aún más sorprendente: los académicos trabajan semanas, meses, años para llegar a producir un texto que luego entregan gratis o, incluso, llegan a pagar para que sea publicado por una revista o una editorial que, por supuesto, se beneficiará con dicha publicación.

El procedimiento comienza con un académico que escribe textos y se los ofrece a las revistas o a las editoriales. Estas empresas los reciben, pero se reservan el derecho de seleccionar aquellos que les parezca mejor publicar. Como bien ha escrito Juan Miguel Campanario: “todos los que nos dedicamos a escribir artículos académicos sabemos que una de nuestras prioridades es convencer a los *referee* y editores de que nuestro trabajo es valioso para su revista”¹⁵. Una vez hecha la selección, se procede a “producir” el libro o la revista en cuestión. En este sentido, el esquema es cercano al de un “packing” donde se seleccionan las frutas en mejor estado, las más suculentas y sabrosas para luego empacarlas y, por supuesto, desechar el resto. Una revista es una suerte de ‘*packing de papers*’, con un sistema de referato –o editorial– que sirve para la selección. A los académicos nos llegan habitualmente solicitudes de evaluaciones de diferentes revistas de todo el mundo. Mediante una encuesta más o menos estandarizada uno debe fundamentar su opinión acerca de lo pertinente o no de publicar un texto anónimo¹⁶. Algo análogo ocurre con las editoriales que seleccionan los manuscritos que les parecen mejores para su publicación y los embalan –con papel y tapas más o menos lujosas– para luego comercializarlos.

El problema con la analogía propuesta es que el *packing* paga al productor por la fruta que selecciona y a los jornaleros o temporeros que hacen la selección. Las revistas y las editoriales, por lo general, no lo hacen. Los “referatos” de artículos no se pagan casi nunca y cuando se pagan, se trata de un monto más bien simbólico; el de los libros sufre el mismo destino. Campanario señala agudamente que “[c]omo es sabido, los *referee* no reciben ningún reconocimiento económico por su labor. ¿Qué ganan, pues, al colaborar con las revistas?”¹⁷. La respuesta que sugiere el autor va desde asuntos relacionados con el reconocimiento y prestigio que implica el ser seleccionado como evaluador, pasando por el acceso a información privilegiada que puede servir para el propio trabajo, hasta asuntos relativos al aporte necesario para el funcionamiento de la comunidad científica. Como sea, salvo excepciones, no hay pago monetario alguno por un trabajo que toma varias horas, pues, como dice nuevamente Campanario “... en muchas ocasiones es preciso leer un trabajo varias veces y realizar pequeños cálculos o deducciones para contrastar la validez

¹⁵ CAMPANARIO, J. M., “El sistema de revisión por expertos (peer review): muchos problemas y pocas soluciones”, En: *Revista Española de Documentación Científica*, Nº25, 3, 2002, p.166.

¹⁶ Al tema del referato y sus problemas me he referido en: “De espejismos y fuegos fatuos. Publicar filosofía hoy en Chile (ISI y Scielo)”, *La Cañada*, Nº 1, 2010, pp. 126-147.

¹⁷ CAMPANARIO, J. M., Op. Cit., p.168.

de los argumentos del autor”¹⁸. Si a esto se le suma que los académicos tienden a colaborar con varias revistas, se puede concluir que una parte variable pero significativa de la jornada laboral la emplea un académico en trabajar gratis para diversas revistas y editoriales.

El autor, por su parte, tampoco recibe pago alguno por el hecho de que sus textos se publiquen: si tiene suerte recibirá luego un “incentivo” por parte de la Universidad, esto si ha logrado que le acepten su manuscrito en alguna revista ‘indexada’. Se podría pensar que las revistas y las editoriales hacen un muy buen negocio: reciben material gratis –en algunos casos incluso pagado– para producir un artefacto –revistas o libros– que luego venden sin costo alguno o con un pequeño costo de producción. En este punto hay que diferenciar el caso de las revistas del de los libros, pues ambos tipos de publicación funcionan de maneras diferentes y, a fin de cuentas, circulan en mercados distintos.

En este último caso, el de los libros, efectivamente las editoriales reciben manuscritos gratis o incluso con su producción financiada, seleccionan lo que les interesa publicar y la mayor parte de las ganancias por las ventas pasan a su propiedad con la excepción de un porcentaje mínimo (10%) que es para el autor. Solo en casos muy contados la Editorial asume el costo de producción y es cuando a la empresa le conviene tener el título en su catálogo por razones de orden económico –se presume buena venta– o prestigio –un autor afamado, por ejemplo–. En la mayoría de los casos, sin embargo, para la Editorial es un muy buen negocio, pues su nivel de costo es casi nulo y el riesgo muy menor. Las editoriales solo deben proveer, primero, de los servicios editoriales –corrección de texto, diagramación e impresión– que son generalmente pagados por el autor mismo y, luego, deberá poner a disposición del libro un sistema de distribución. Si el libro no se vende, la Editorial casi no tiene pérdida, si, por el contrario, resulta tener algún éxito en las ventas, es pura ganancia para la empresa.

El caso de las revistas académicas es algo más complejo. Hasta hace poco tiempo nunca se había tratado de empresas que sirvieran para aumentar el patrimonio de sus dueños. Las revistas académicas, en principio, no han sido creadas como empresas con fines de lucro, como sí lo han sido las editoriales. Tener una revista tradicionalmente fue un “mal negocio”, pues rara vez se venden sino que se intercambian, generalmente están subvencionadas por alguna institución universitaria y ellas, de hecho, tienen que pagar a su vez para lograr situarse como relevantes. Hoy en día, sin embargo, la situación en el mundo de las revistas parece estar cambiando con la aparición del llamado “*pay per publish*”.

Formalmente hablando, las revistas que adhieren a este sistema señalan que su objetivo es trasladar a los autores los costos de publicación y, gracias a ello, según dicen, los usuarios tendrán acceso gratis a los textos: ‘*open access*’. Disfrazado tras la apariencia de proveer un ‘servicio’ sin costo para los investigadores –éstos podrían acceder y consultar gratuitamente las revistas, bajar los artículos, etc.–, estas empresas cobran directamente a

¹⁸ *Ibíd.*

los autores por publicar sus artículos. Se presentan a sí mismas como “sin ánimo de lucro”, las cifras que cobran a los autores, sin embargo, son en algunos casos estratosféricas y, aunque no lo sean, sin duda superan con mucho los costos de edición que son lo que supuestamente se “trasladaría” a los autores.

Un ejemplo paradigmático de este tipo de revistas, por ser una de las primeras, es PLoS ONE que aparece hace 10 años (2003). Francisco Villator explica que “Public Library of Science (PLoS) es una revista de acceso gratuito (*open access*), no hay que pagar nada para leer los artículos, a costa de que los autores paguen US\$ 1350 por cada artículo aceptado”¹⁹. Para atraer a los autores, la revista ofrece una rápida y eficiente publicación (en este caso señalan que el 69% de los artículos presentados se publican) agregando, además, que tiene índice de impacto. A estas alturas PLoS ya es un conglomerado de revistas –tiene 7 en total– y los precios por publicar un artículo en ellas han subido muchísimo: está entre US\$ 2250 y US\$ 2900, salvo en PLoS ONE que mantiene su precio. Entre las críticas que se les pueden hacer y se les han hecho a esta revista está, por un lado, el que si lo que se vende es espacio para publicar, entonces el proceso de revisión tiende a ser “ligero” e incluso “muy ligero”, al menos hasta tener un grupo suficiente de “clientes”. Por otra parte, está el asunto evidente de que, considerando que se trata de una revista virtual, las cifras que se cobran son desproporcionadamente altas, lo que transforma el ‘pay per publish’ en un excelente negocio que usa como excusa el acceso gratuito para ganar dinero.

EMPRESAS PARASITARIAS

Mirado con cierta objetividad económica, estas empresas de revistas que implementan el sistema del “pay per publish” nacen como una “oportunidad de negocio”: los académicos que necesitan de lugares donde publicar y requieren de cierta eficiencia para hacerlo están dispuestos a pagar por ello y, a la vez, estos mismos académicos deben poder acceder a la información que se publica en las revistas, para así producir investigaciones que se traduzcan, rápidamente, en más textualidad. Estas empresas, por lo tanto, surgen en la medida en que se diagnostica la existencia de una serie de necesidades de los académicos –de un conglomerado de demanda podríamos decir– y ellas se instalan como las capaces de ofrecer una solución al problema: proveen de un lugar de publicación, rapidez en el proceso y acceso gratuito a los resultados. En una lógica similar, junto a estas revistas-empresas, hay otros dos tipos de instituciones relativamente nuevas que surgen también a partir de la existencia de una serie de necesidades: por una parte, las empresas de bases de datos que construyen índices y, por otra, las empresas proveedoras de textos.

¹⁹En: <http://francisthemulenevents.wordpress.com/2010/08/20/el-buen-negocio-de-plos-one-y-el-pagar-por-publicar/> (Consultado el 12 de diciembre de 2013).

Sin duda la empresa de bases de datos más conocida en Chile es ISI. El *Institute for Scientific Information*, fundado en 1960 por Eugene Garfield, era el nombre original de lo que actualmente se conoce como la compañía *Thomson Reuters ISI*²⁰. Se trata de una empresa privada que no oculta sus fines de lucro. Su labor principal es la de confeccionar y vender bases de datos de revistas científicas. Esta base de datos trabaja con más de 12.000 revistas de todas las disciplinas. La selección de revistas que ingresan a ISI se lleva a cabo de acuerdo con un procedimiento claramente establecido que busca determinar qué revistas cumplen con una serie de criterios que asegurarían su calidad²¹. Son las mismas revistas las que postulan para ser evaluadas y, según informa la empresa, más de 2000 revistas postularían anualmente. Para la evaluación se cuenta con un ‘competente’ equipo editorial con ‘vasta experiencia’, según se indica. Si la revista cumple con los requisitos puede ingresar –previo pago, eso sí, de su membresía–. En efecto, estas bases de datos trabajan a partir de la información que las revistas les proporcionan, ese es el material para la confección de sus indicadores, pero contrario a lo que se podría esperar, le cobran a las revistas por considerarlas.

Cabe preguntarse aquí cuál y de quién es la “necesidad” que vienen a satisfacer las empresas que confeccionan bases de datos e índices. Sin duda no son los académicos quienes requieren de esta información para llevar a cabo su trabajo: la investigación se puede realizar sin tener a la vista estos datos, de hecho, rara vez un académico se interesaría por acceder a los índices de citaciones o a las bases de datos si no fuera porque son evaluados por las instituciones con referencia a ellos. El público objetivo, es decir, el consumidor primario para estas empresas, por lo tanto, no son los académicos sino las instituciones. Las universidades son las que pagan para acceder a las bases de datos, a los índices que ellos confeccionan. Lo hacen para “evaluar” el trabajo de sus académicos. El consumidor secundario son las revistas que pagan para que se las considere en la confección de las bases de datos y recibir, con ello, una suerte de ‘certificado de calidad’. Ser una revista aceptada en ISI, o en Scopus, también en Scielo o Latindex, significaría que está garantizada la calidad de los textos que publica, lo que se traduce en renombre, reconocimiento y, por supuesto, afluencia de gran cantidad de manuscritos.

No deja de ser interesante observar de qué manera empresas como ISI generan las necesidades cuya satisfacción luego ellas ofrecen, aumentando así la demanda. Antes de que existieran estas empresas sin duda se evaluaba el desempeño académico, así como también la calidad de una revista científicas, aunque para ello se utilizaban otros mecanismos y otros criterios. Las empresas como ISI ofrecen a las universidades la oportunidad de “tercerizar” estos procesos: se les entrega a ellas el papel de evaluadoras y se les paga para que lo hagan. Con ello, las instituciones se deshacen de la tarea –y de la responsabilidad– de evaluar ellas mismas a sus académicos y, del mismo modo, el mundo

²⁰ En: <http://ip-science.thomsonreuters.com/>

²¹ En: <http://wokinfo.com/essays/journal-selection-process/>

científico se deshace del trabajo de evaluar la calidad de las revistas que circulan. El sistema se arraiga tan firmemente que al poco andar parece imposible no recurrir a estas empresas para determinar si el trabajo de un investigador o el contenido de una revista es de calidad. Tercerizar de esta manera la evaluación, como ya he señalado antes, tiene muchos riesgos entre los cuales uno de los mayores es, sin duda, provocar una distorsión evaluativa. Estas empresas simplemente no pueden asegurar aquello que dicen asegurar: que ciertas revistas publican solo textos de la más alta calidad o que ciertos autores son aquellos cuyo trabajo tiene mayor repercusión²². En otras palabras, se les paga a empresas por un producto que ellas simplemente no pueden ofrecer. Se instala, pese a ello, como una ficción que todos prefieren creer. ISI vende, en el fondo, una ilusión.

Análogo, pero diferente, es el caso de las empresas proveedoras de textos. Entre ellas quizás la más conocida y afamada sea *Jstor*²³. El *Journal Storage Curring* ofrece a quienes son miembros textos completos de revistas para ser descargados por internet. En Humanidades, por ejemplo, ponen a disposición de los suscriptores más de 7.000 títulos y la misma cantidad en Historia, así como casi 10.000 en Ciencias Sociales. Creada en 1995 y pensada, según se consigna en sus páginas, como una librería sin fines de lucro que busca ahorrar espacio en las bibliotecas. La idea, según se explica, es que las bibliotecas no tengan que tener ‘todas’ las revistas y que los investigadores puedan acceder igualmente a una enorme cantidad de material bibliográfico para llevar a cabo sus investigaciones. *Jstor*, por supuesto, cobra por sus servicios, pero lo que se cobra estaría destinado, según señalan, a cubrir simplemente sus costos²⁴. Es evidente, sin embargo, al observar las cifras que se cobran por el acceso, que se trata de una empresa con grandes ganancias: 50.000 dólares anuales por la suscripción, considerando el gran número de universidades suscritas, sin duda es más que lo que se necesita para mantener un servidor, un sitio web y un scanner de última generación.

Estas empresas también buscan hacerse cargo de una necesidad existente, pero que, en última instancia, ellas mismas provocan. Es evidente que los investigadores requieren de textos para su trabajo y que las bibliotecas no tienen espacio ni presupuesto suficiente para poner a disposición de los investigadores todo el material necesario. Hasta allí no hay dudas de que una base de datos virtual que ofrezca textos es una solución al problema. Dicha solución, sin embargo, no sería necesaria, si el acceso a las revistas no fuera restringido. En efecto, si las revistas publicaran en internet con “acceso abierto” o en su defecto, con un cobro razonable que permitiera su subsistencia, empresas como *Jstor* no serían necesarias. Desde aquí se entiende claramente la rígida y cerrada defensa que hacen estas empresas por

²² Sobre estos “riesgos” me he explayado en el artículo titulado “De espejismos y fuegos fatuos. Publicar filosofía hoy en Chile (ISI y Scielo)”, *La Cañada*, Nº 1, 2010, pp. 126-147.

²³ En: <http://www.jstor.org/>

²⁴ Como prueba de ello los dueños de *Jstor* aluden a una serie de cosas. Por un lado, señalan que a un simple investigador “solo” se le cobran 750 dólares al año. Por otra parte, destacan la existencia de algunas iniciativas de acceso libre. En tercer término, hacen ver que las publicaciones anteriores a 1870 (1923 para Estados Unidos) están a disposición del que quiera acceder a ellas.

restringir el acceso: de esta manera subsiste la demanda por sus productos. La persecución legal, encarcelamiento y finalmente el suicidio en su celda días antes del juicio del joven Aaron Swartz (24 años) por haber accedido sin autorización a los artículos de *Jstor* y haberlos descargado poniéndolos a disposición de todos en la Web, es una muestra evidente del cerco que estas empresas tienden alrededor de la información. Solo se puede acceder a los textos a través suyo –las revistas y los autores firman un contrato que les prohíbe dar acceso–. Es a esto a lo que me refiero cuando hablo de que ellas “generan” la demanda por lo que ofrecen.

Estamos en presencia de lo que ha sido llamado adecuadamente “modelo parasitario” de negocio. El parasitismo se refiere a ese modo de relación en que uno de los participantes (el llamado parásito) se aprovecha de otro (llamado huésped) del cual se beneficia en términos de permitir su subsistencia y desarrollo. En este proceso, el huésped siempre se perjudica. Por ello hay quienes lo consideran una forma de depredación. Otro esquema sería el del “comensalismo” que es una forma de interacción biológica en la que uno de los intervinientes obtiene un beneficio, mientras que el otro no se ve ni perjudicado ni beneficiado; o el “mutualismo”, donde ambos seres se benefician. En este caso, como se ha visto, estas empresas se enquistan parasitariamente alterando, desperfilando y, en definitiva, causando un perjuicio en el mundo de la textualidad científica.

HUÉSPEDES Y ANTIVIRUS

Estas empresas aprovechan una oportunidad de negocio para enquistarse en el corazón del sistema de trabajo científico y terminan no solo profitando enormemente de él, sino que también manipulándolo con el objetivo de continuar obteniendo beneficios. Quién pondría en duda, por ejemplo, el poder que tiene hoy ISI a través del ‘certificado de calidad’ que otorga o niega a las revistas en la determinación de la relevancia de temas, en la promoción de investigadores y sus líneas de trabajo, etc. Un investigador que publica en revistas ISI se vuelve conocido, connotado, respetado, se le otorgan premios, financiamientos y becas, sus temas de investigación adquieren notoriedad y mayor desarrollo. ISI tiene, así, indirectamente, el poder de instalar en un lugar preponderante a ciertas revistas y con ello determinados autores se vuelven referentes –son fuertemente citados– y sus temas de investigación adquieren relevancia. Es así como una empresa que evidente y expresamente funciona en vistas de su beneficio económico adquiere una influencia desmesurada sobre el decurso del desarrollo científico.

Uno podría preguntarse cuáles son los criterios de fondo –más allá de lo formal– que tienen estas empresas para hacer sus selecciones. Hay revistas que cumplen con prácticamente todos los requisitos pero no son admitidas en las bases de datos (siempre es posible encontrar una razón para negar la aceptación) o, por el contrario, hay ciertas revistas que ostensiblemente no cumplen con los requisitos, sin embargo, son consideradas.

Desplazando un poco el ejemplo, uno podría preguntarse, cuáles son las razones que están detrás de la decisión de incorporar o no los textos de ciertas revistas a una biblioteca virtual. Estas empresas tienen, aunque algunas lo nieguen, fines de lucro, por lo tanto, no es posible descontar la incidencia de intereses económicos al tomar estas decisiones.

Un buen ejemplo de lo que se viene señalando lo da Randy Schekman, el premio Nobel de biología del año 2013. El científico, al hablar de las distorsiones del sistema de citación hace ver que “[u]n artículo puede ser muy citado porque es un buen trabajo científico, o bien porque es llamativo, provocador o erróneo. Los directores de las revistas de lujo lo saben, así que aceptan artículos que tendrán mucha repercusión porque estudian temas atractivos o hacen afirmaciones que cuestionan ideas establecidas. Esto influye en los trabajos que realizan los científicos”²⁵. Se puede ver aquí, también, de qué manera criterios claramente económicos, que se relacionan con la buena marcha del ‘negocio’, son los que comienzan a primar al momento de tomar decisiones en el ámbito del mercado de publicaciones científicas, influyendo, a la larga, en el desarrollo de la ciencia misma.

En medio de este mercado estamos los investigadores. El circuito de necesidades es, me parece, la clave de este sistema en el que nos encontramos entrampados y, a la vez, podría ser el lugar de salida. Al hablar de las ‘empresas parasitarias’ se mencionaron una serie de demandas, de necesidades esenciales para el posible desarrollo de la ciencia. Dichas demandas, de acuerdo con lo analizado, se resumen en tres: acceso a los trabajos que son el resultado de las investigaciones de los colegas, alternativas de publicación eficiente y de calidad con buena distribución, y formas de evaluación y calificación del trabajo investigativo. Tan necesarias son estas tres cosas, que los actores del mundo de la investigación están dispuestos a pagar –y no poco– para satisfacerlas. Las empresas analizadas aquí lo descubrieron hace un tiempo y transformaron a los investigadores y a las universidades en sus “clientes” y a la vez en sus “proveedores”.

En efecto, los clientes de estas empresas son los académicos y las universidades. Estos son los que pagan para que les den acceso a los artículos, para poder publicar y para utilizar las bases de datos. No deja de ser sorprendente que los clientes consumen justamente lo que ellos producen: textos. En efecto, aquellos que producen los *papers* y no reciben nada por ellos, incluso tienen que pagar por publicarlos, son lo que requieren del ingreso a las bases de datos para acceder al material necesario para poder investigar y, por lo tanto, tienen que volver a pagar. Siendo más exacto, en realidad son las universidades las que terminan pagando estos ingresos: ellas pagan los sueldos de los académicos para que, entre otras cosas, produzcan textos, en algunos casos pagan premios por hacerlo, pagan también, en ciertas instituciones, traducciones, ediciones, etc., pagan a las revistas para que se publiquen los textos elaborados por los académicos y pagan por acceder a las bases de

²⁵ SCHEKMAN, Randy, “Por qué revistas como Nature hacen daño a la ciencia”, Guardian News & Media, 2013. Traducción de News Clips, Paloma Cebrián. Citado a partir de: <http://www.brunner.cl/?p=8640> (revisada el 22/01/14).

datos que se construyeron justamente con el resultado del trabajo que ellas pagaron. Las Universidades, son, entonces, el “huésped” idóneo de estos parásitos.

La salida, como en el caso de muchas enfermedades, puede ser simplemente dejar de alimentar al parásito, lo que en nuestro caso se traduciría en buscar la forma de satisfacer las demandas del mundo académico sin recurrir a estas empresas. Lo sorprendente es que no es necesario ir muy lejos ni ser demasiado creativo, pues dichas alternativas ya existen y están operando, sólo falta la voluntad de todos los involucrados para comenzar a utilizarlas. Lo central aquí es que todos los actores involucrados deben participar en los cambios; de lo contrario, es imposible debilitar a estas empresas que se defienden férrea y descarnadamente.

Schekman da en el clavo cuando se refiere a

“...la nueva remesa de revistas de libre acceso que son gratuitas para cualquiera que quiera leerlas y no tienen caras suscripciones que promover. Nacidas en Internet, pueden aceptar todos los artículos que cumplan unas normas de calidad, sin topes artificiales. Muchas están dirigidas por científicos activos, capaces de calibrar el valor de los artículos sin tener en cuenta las citas”²⁶

Los investigadores, como lo ha hecho el mismo Schekman, debemos comenzar a publicar en revistas de ‘libre acceso’, algunas de las cuales tienen evidentemente altos estándares de calidad con comités académicos sumamente competentes, con evaluaciones calificadas, etc. Es necesario, sin embargo, que un cúmulo importante de investigadores lo haga, solo así se podrá desestabilizar el sistema de ‘incentivos’ tal como ha sido instalado²⁷. Esto contribuiría tanto a poner a disposición de todo el mundo el material que se genere como resultado de las investigaciones, como, por otra parte, a proveer lugares de publicación gratuitos. En la medida en que estas revistas mantengan altos niveles de calidad tanto en cuanto a material que publican como en lo referente al servicio que prestan, sería esperable que, con el tiempo, generaran su propio prestigio.

Lo anterior no implica dejar de lado las revistas que estén incluidas en bases de datos como ISI o Scopus, pues entre las revistas que ellas incorporan existen muchas de gran calidad que, además, son abiertas al público. En el ámbito de las humanidades en nuestro país es el caso, por ejemplo, de la Revista Chilena de Literatura, de Apha de Osorno, de Atenea de Concepción. Schekman busca ‘boicotear’ a las ‘revistas de lujo’ llamando a no

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ El biólogo Peter Lawrence, refiriendo a la decisión de Schekmann, señala que “hablando como alguien que ya abandonó esas revistas (*Nature*, *Science* y *Cell*) hace 13 años, y que ha estado intentando convencer a sus colegas para que hagan lo mismo desde entonces, me temo que la estructura de incentivos que Randy denuncia es tan poderosa y ubicua que ni siquiera el liderazgo de un premio Nobel tan brillante y respetado podrá disolverla” (Citado por Javier Sampedro, “¿Y si la ciencia no es eso que tú crees?” *El País*, 12 de diciembre de 2013. Citado a partir de: http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/12/11/actualidad/1386797483_412515.html (consultada el 22/01/14).

publicar en ellas²⁸. Es necesario matizar esta estrategia, pues algunas revistas están tan atrapadas en este sistema de mercado como lo estamos los académicos: se ven obligadas a buscar su incorporación a los índices para poder sobrevivir. En este sentido, es destacable el aporte de SCielo (Scientific Electronic Library Online), que, a diferencia de ISI, no es una empresa privada, ni tiene fines de lucro, sino que nace como una iniciativa de FAPESP (Fundación de Apoyo a la Investigación del Estado de São Paulo) y de BIREME (Centro Latinoamericano y del Caribe de Información en Ciencias de la Salud) con el objeto de construir una biblioteca pública Online completamente gratuita de revistas de alta calidad²⁹.

Las dinámicas de publicación imperante no se alteran, sin embargo, con solo comprometer a los investigadores a publicar en revistas de circulación pública y gratuita. Como dice nuevamente Schekman: "... las universidades también tienen un papel en todo esto. Deben decirles a los comités que toman decisiones sobre las subvenciones y los cargos que no juzguen los artículos por el lugar donde se han publicado. Lo que importa es la calidad de la labor científica, no el nombre de la revista"³⁰. De lo que se trata es de terminar con la 'tercerización' de las evaluaciones y asumir la tarea de generar instrumentos, convocando a los involucrados para sopesar lo más adecuadamente posible la labor de los académicos y acercándose a diagnosticar certeramente la verdadera magnitud de su trabajo. Esto implicaría una mayor labor, un despliegue de creatividad y recursos que tendría como consecuencia una evaluación más certera.

En el caso de Chile, lo antes señalado tendría que ir aparejado con un cambio en las políticas estatales en al menos dos sentidos. En primer término, habría que intervenir en el tema del modo en que se llevan a cabo las evaluaciones para entrega de becas (CONCYT) y financiamiento para investigación (FONDECYT). Efectivamente, la tabla de evaluación de productividad que se utiliza en estas instituciones simplemente asigna puntaje por lugar de publicación sin siquiera tener en cuenta la investigación misma. Una vez más, se trata de una evidente tercerización. Dentro de este mismo ámbito, habría que redefinir el modo en que se calcula el Aporte Fiscal Directo en lo referente a las publicaciones. Este aporte solo considera las publicaciones en revista ISI y, en menor medida, Scielo. Es por esto que las universidades que aspiran a estos fondos públicos, presionan a sus académicos para que las prioricen, ya sea a través de un premio, o de la amenaza de despido. Para abrir alternativas a los investigadores se debería confeccionar un descriptor de otro tipo o, al menos, diversificar los catálogos que se consideran (incluyendo otras bases de datos, por ejemplo) se logrará abrir las alternativas de publicación para los investigadores.

²⁸ "Como muchos investigadores de éxito, he publicado en las revistas de renombre, entre otras cosas, los artículos por los que me han concedido el Premio Nobel de Medicina, que tendré el honor de recoger mañana. Pero ya no. Ahora me he comprometido con mi laboratorio a evitar las revistas de lujo, y animo a otros a hacer lo mismo." SHECKMAN, R., op.cit.

²⁹ Como se establece en la página Web de SCielo, "[e]l objetivo del programa es la creación de una biblioteca electrónica, que proporcione acceso al texto completo de una colección seleccionada de revistas científicas" En: <http://www.SCielo.cl/criterios/sp/>

³⁰ Citado por SAMPEDRO, J., en Op.cit.

El cambio más vital, del cual dependen todos los otros, implicaría alterar radicalmente la mentalidad de los investigadores para que nos mantengamos al margen de estos juegos de mercado. Debemos comenzar a generar alternativas, estructuras e instituciones, pero sobre todo prácticas diferentes.

Como ha señalado Peter Lawrence,

“si realmente queremos arreglar las cosas... necesitamos que todos los científicos ataquen el uso de las publicaciones para evaluar a los investigadores, y que lo hagan siempre que tengan ocasión: cuando contraten científicos para su propio laboratorio o departamento, cuando revisen las solicitudes de financiación o juzguen a los candidatos a una plaza”³¹

La propuesta es resistir a este sistema que busca convertirnos en simples ‘productores de textualidades’, devolverle la dignidad a nuestro oficio y el valor al resultado de nuestro trabajo. Un ensayo, un libro, un artículo, una conferencia son más que lo que se paga por ellos, son el resultado de una larga formación, de eternas horas de desvelos, de esperas, de lecturas, de inspiración y son, por lo tanto, insustituibles. Si se quiere evaluar realmente estas textualidades hay una sola alternativa: leerlas y estudiarlas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBORNOZ, Orlando *La cuestión de la productividad, rendimiento y competitividad académica del personal docente y de investigación en América Latina y el Caribe*, Ediciones CRESALT/ UNESCO, Caracas, 1997.
- BILLIG, Michael “Academic Words and Academic Capitalism”, *Revista Athenea Digital*, N° 13(1), 2013, p.7-12.
- BULO, Valentina “Producción del saber en el campo del conocimiento”, *Revista La Cañada*, N°3, 2012, pp. 117-124.
- CAMPANARIO, José Miguel “El sistema de revisión por expertos (peer review): muchos problemas y pocas soluciones”, *Revista Española Documentación Científica*, N°25, 3, 2002, pp. 267-285.
- CIVALLERO, Edgardo “JSTOR: los verdaderos piratas” <http://civalleroyplaza.blogspot.com/2011/08/jstor-los-verdaderos-piratas.html> (2 de agosto de 2011).

³¹ Citado por Samperio en Op.cit.

- CUSSEN, Felipe “Los escritores deberían ver más tele para tomar conciencia de su nula importancia en la sociedad”, Paniko.cl, (1.10.2012).
- GALCERAN H., Montserrat “Entre la academia y el mercado. Las Universidades en el contexto del capitalismo basado en el conocimiento”, *Revista Athenea Digital*, Nº 13, Marzo 2013, pp. 155-167.
- GREG, Maxwell “Documentos de JSTOR publicados en The Pirate Bay” <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=133073> (20 de Julio de 2011).
- KANT, Inmanuel *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1989.
- LÓPEZ VELÁSQUEZ, Alexander “Los programas de estímulo a la productividad académica como expresión de una tendencia global”, *Tribuna del investigador*, Vol. 5, Nº2, 1998. <http://www.tribunadelinvestigador.com/ediciones/1998/2/?i=art2>
- SÁNCHEZ, Cecilia. “Institucionalidad de la filosofía: entre la reflexión y el conocimiento productivo”, *Mapocho*, Nº 67, 2010, pp. 373-385.
- SANTOS-HERCEG, José “Filosofía de Mercado. El filósofos profesional como MINI-PYME”, *Revista Paralaje*, Nº 7, 2011, pp. 45-63.
- “De espejismos y fuegos fatuos. Publicar filosofía hoy en Chile (ISI y Scielo)” *Revista La Cañada*, Nº 1, 2010, pp. 126-147.
- “Tiranía del paper. Imposición institucional de un tipo discursivo”, *Revista chilena de literatura*, Nº 82, Noviembre 2012, pp. 197-217
- SAMPEDRO, Javier “¿Y si la ciencia no es eso que tú crees?” *El País*, 12 de diciembre de 2013. Citado a partir de: http://sociedad.elpais.com/sociedad/2013/12/11/actualidad/1386797483_412515.html
- SCHEKMAN, Randy “Por qué revistas como Nature hacen daño a la ciencia”, *Guardian News & Media*, 2013. Traducción de News Clips, Paloma Cebrián. Citado a partir de: <http://www.brunner.cl/?p=8640>